

**MEMORIA
DEL
SECRETARIO GENERAL
SOBRE LA
LABOR DE LA ORGANIZACION**

ASAMBLEA GENERAL

DOCUMENTOS OFICIALES: CUADRAGESIMO PERIODO DE SESIONES
SUPLEMENTO No. 1 (A/40/1)



NACIONES UNIDAS

Nueva York, 1985

Memoria del Secretario General sobre la labor de la Organización

Nos encontramos hoy ante un mundo que, al mismo tiempo que ofrece promesas casi infinitas, encierra el peligro de una catástrofe irreparable. El que prevalezca una u otra opción depende exclusivamente de nosotros. Falta saber si los gobiernos y los pueblos del mundo, aunadamente y sin el acicate de nuevos desastres, sabrán escoger la opción adecuada, pues es evidente que muchos aspectos importantes de esta decisión, así como su puesta en práctica, deberán ser de índole colectiva. Creo que las Naciones Unidas y la manera en que sus Miembros decidan valerse de ellas, son y serán un elemento esencial de esta decisión histórica. Por consiguiente, la cuestión que analizaré en mi memoria anual al celebrarse el cuadragésimo aniversario de nuestra Organización será, más que el porvenir de las Naciones Unidas, el futuro de la humanidad y de nuestro planeta y la función de las Naciones Unidas en ese futuro.

Sin duda, el mundo de hoy sorprendería a los estadistas que redactaron la Carta de las Naciones Unidas hace cuarenta años. En ese lapso han sobrevenido cambios fundamentales y de gran alcance en el mapa y en nuestra comprensión científica del mundo, en las relaciones internacionales, en la índole de la guerra y en nuestro modo de vida. Todos nosotros, dondequiera que actuemos, estamos empeñados en la búsqueda de nuevos hitos, de sistemas mejores y de ajustes efectivos.

Vivimos en una era de incertidumbre y de constante cambio, y en circunstancias en que es patente que el mundo, en cualquier momento, deberá hacer frente, inesperadamente, a un problema estremecedor, sea éste un nuevo conflicto, un desastre que afecte a los seres humanos o la parálisis temporal que puede originar un acto premeditado de violencia.

No hay duda de que, a un nivel global, existe a menudo un enorme vacío de legitimidad y de efectiva autoridad entre los polos opuestos de la desmesurada acumulación de armas nucleares ultramodernas por las grandes Potencias y la violencia desesperada de los desfavorecidos o los desposeídos. Nuestra tarea más urgente es llenar ese vacío mediante esfuerzos decididos para construir un sistema político internacional práctico en que todos participen, un sistema que no sólo garantice la supervivencia y el orden sino que además haga que nuestro planeta funcione de manera más equitativa en beneficio de todos sus habitantes.

A mi juicio, es importante examinar el concepto de la autoridad internacional, concepto elusivo incluso en el mundo de hoy. La única autoridad que existía en el ámbito internacional antes de la creación de la Sociedad de las Naciones y, ulteriormente, de las Naciones Unidas, era el poder real de los Estados o imperios más fuertes. El abuso de ese poder fue la causa principal de las dos guerras mundiales que ha conocido este siglo, y las Naciones Unidas se crearon precisamente para cambiar ese estado de cosas. Como lo señaló el Presidente Roosevelt después de la Conferencia de Crimea, la fundación de las Naciones Unidas "representa, como es indispensable que represente, el fin de un sistema de medidas unilaterales, alianzas excluyentes, esferas de influencia, equilibrios de poder y todos los demás expedientes que se han ensayado durante siglos y que nunca han tenido éxito".

La evolución posterior de los acontecimientos dista mucho de ajustarse a esa visión. Es cierto que las dos guerras mundiales y los enormes cambios de los cuarenta últimos años

han demostrado a las claras que el mundo no puede retroceder y que el sistema consagrado en la Carta es una respuesta lógica a la cuestión de mantener la paz y la seguridad internacionales y de fomentar a la vez el desarrollo económico y el progreso social en las circunstancias reales de nuestra época. Pero subsiste el hecho de que hasta ahora no hemos logrado crear las condiciones políticas ni, en particular, el tipo de relaciones entre los Estados más poderosos que es indispensable para que este noble concepto se pueda llevar a la práctica en beneficio de todos.

Ilustran este problema las dificultades con que se tropieza para hacer frente al problema del terrorismo. En muchos debates públicos sobre este problema parece aceptarse la hipótesis de que no existen convenciones internacionales al respecto. Me limitaré a mencionar las tres convenciones aprobadas bajo los auspicios de la Organización de Aviación Civil Internacional y la Convención internacional contra la toma de rehenes aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1979 que, por lo menos, proporcionan un marco jurídico para la adopción de medidas mucho más efectivas contra el secuestro de aeronaves y la toma de rehenes. Las dificultades estriban en la incapacidad o falta de voluntad de los gobiernos para aplicar estas convenciones en situaciones específicas. En general, también en este caso están ausentes las condiciones políticas fundamentales, el sentido de solidaridad y la confianza mutua que podrían dar una *dimensión práctica* a los instrumentos internacionales.

Las Naciones Unidas son la tribuna más apropiada para cultivar esas condiciones y desarrollar un sentido de solidaridad internacional. De hecho, ese fue uno de los propósitos originales más importantes de la Organización. Sólo cuando exista en las relaciones entre los Estados un mínimo de condiciones positivas el concepto de la autoridad internacional podrá empezar a tomar el lugar que le corresponde en los asuntos humanos.

* * *

Las Naciones Unidas no pueden resolver *todos* los problemas de la comunidad internacional—ni tampoco se pretendía que los resolvieran—, pero son la institución más adecuada para evitar lo peor y para procurar mejoras. De hecho, ya han conseguido logros mucho más señeros de lo que se suele reconocer, y a esos logros quisiera referirme brevemente a continuación.

Por primera vez en la historia, y tras cuarenta años de vida, tenemos una organización mundial prácticamente universal. También, por primera vez en la historia, vivimos en un mundo de Estados soberanos independientes. Aunque después de 1945, desgraciadamente, haya habido muchos conflictos, hasta ahora hemos eludido una tercera guerra mundial y es posible que hayamos aprendido más de lo que creemos sobre técnicas y expedientes para evitar ese desastre, último y definitivo. Hemos alcanzado un crecimiento económico y un progreso social sin precedentes, parte del cual ha sido compartido por los países en desarrollo, aunque no en medida suficiente. Hemos comenzado a adoptar medidas colectivas para hacer frente a una nueva generación de problemas mundiales que, en su mayoría, obedecen a la necesidad de proteger el planeta y sus recursos así como a la de subvenir a las necesidades de sus pueblos. La comunidad internacional

contribuye cada vez con mayor eficacia a aliviar los problemas que exigen solidaridad humanitaria, dondequiera que ellos surjan. La protección de los derechos humanos, pese a todas las transgresiones que sigue habiendo al respecto, ha pasado a ser una preocupación de todo el mundo. En los cuarenta últimos años, y en gran parte bajo los auspicios de la Asamblea General, se han codificado más normas de derecho internacional con respecto a prácticamente todas las esferas del quehacer humano que en todos los años anteriores de la historia.

Fuerza es reconocer que el mundo sigue siendo un lugar lleno de imperfecciones, inseguro, injusto, peligroso y en muchas regiones, lamentablemente, un lugar de pobreza. No obstante, en los logros que acabo de mencionar, y en muchos otros, se encuentran los cimientos de nuestra labor futura. Corresponde principalmente a los gobiernos decidir si quieren cooperar para edificar sobre estos cimientos una institución útil, coherente y eficaz o preferir la opción que algunas veces puede parecer la más fácil a corto plazo, a saber, que cada uno, con miopía y egoísmo, marque su propio rumbo. En tal caso, sobre esos cimientos prometedores, fruto de tanta reflexión y de tan arduos esfuerzos, se levantaría una defectuosa estructura, fuente de una serie interminable de problemas y desastres. No cabe duda que habrá que escoger la primera opción.

* * *

Dos funciones básicas hacen de las Naciones Unidas una empresa esencial. La primera es que son un instrumento que permite desplegar esfuerzos colectivos para hacer frente a emergencias y a los problemas del momento. Estos van desde los conflictos internacionales y las controversias entre los Estados hasta las emergencias que afectan a los intereses humanitarios y las crisis económicas y sociales repentinas de que son víctimas millones de personas.

La segunda función es a más largo plazo y guarda relación con la compleja fase de desarrollo político a que ha llegado nuestro mundo. A lo largo de la historia la evolución política natural de los seres humanos ha sido la de ir de los grupos pequeños a los grupos más grandes: de la familia a la tribu y, más adelante, al pueblo, a la ciudad, a la provincia y al estado nación. Esta evolución se ha producido con mayor o menor espontaneidad, en distintos momentos y en las diferentes regiones, a medida que la vida económica se ha hecho más compleja, más especializada y más interdependiente. De este modo, hemos llegado a un mundo que está compuesto casi exclusivamente de estados naciones. El Estado soberano independiente es la mayor entidad política y la unidad principal de la estructura de las Naciones Unidas.

Sin embargo, actualmente hay una serie de problemas y realidades de los que sólo puede ocuparse eficazmente una unidad aún mayor, en la cual la única manera de lograr la seguridad necesaria o de velar por el interés común es recurrir al esfuerzo colectivo de los Estados soberanos. Muchos de esos problemas se prestan más a los esfuerzos de cooperación regional o subregional de los grupos de naciones que tienen intereses comunes, pero hay muchos otros que ya han trascendido la dimensión regional. Nos guste o no, hemos creado un mundo que, en muchos aspectos, es uno solo. En lo tocante a varios problemas importantes que afectan a toda la humanidad hemos llegado a un nivel mundial de incontestable interdependencia.

Por consiguiente, una de las tareas básicas de las Naciones Unidas es la de sentar las bases para el sistema internacional del futuro, un sistema que reconozca plenamente la soberanía nacional pero que a la vez reconozca que algunas de nuestras

realidades y preocupaciones actuales exigen con urgencia algo mayor.

Todo aquel que reflexione sobre las perspectivas futuras de la humanidad forzosamente llegará a la conclusión de que las dos funciones a que me he referido adquirirán una índole cada vez más urgente y tal vez indispensable para la supervivencia. En los cuarenta años transcurridos desde 1945, se ha duplicado con creces la población del mundo, y en los próximos quince años aumentará en un tercio más. Sin duda, algunas de las dificultades y complicaciones de la comunidad mundial obedecerán a las exigencias de instituciones y recursos que impondrá esta explosión demográfica.

No obstante, también debemos tener en cuenta los muchos casos de equilibrio precario existentes entre las reivindicaciones y las ambiciones de las naciones: las controversias sin resolver que nos acompañarán en el futuro; los muchos conflictos latentes de ideas, creencias e intereses presentes en este mundo; el ritmo vertiginoso de la revolución tecnológica de la producción y de los armamentos; la diferencia cada vez mayor entre la abundancia y la pobreza absoluta; la red de vínculos económicos que liga firmemente a todas las partes del mundo; y el peligro cada vez mayor de que se inflijan graves daños a la biosfera, fuente de la vida. Esta lista, que podría ser mucho más larga, revela a las claras que para las naciones del mundo la cooperación internacional, por más complejo y difícil que sea el organizarla, no es una opción sino una necesidad.

Sin embargo, para que las Naciones Unidas puedan desempeñar plenamente la función que he indicado en la evolución del sistema internacional, es necesario que sean una institución más eficaz. Querría analizar este problema en el contexto de las principales responsabilidades que establece la Carta.

* * *

En relación con su primera función básica de responder a las situaciones de emergencia y ocuparse de los problemas de actualidad, el propósito primordial de las Naciones Unidas es el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. En la mente de los autores de la Carta dicha función estaba íntimamente vinculada a la consecución de progresos en la esfera de la limitación de armamentos y el desarme. De hecho, en el Artículo 26 de la Carta se asigna al Consejo de Seguridad un papel decisivo en el establecimiento de un sistema de regulación de armamentos.

Hace cuarenta años, cuando aún estaban vivas en la memoria las lecciones del desastroso período que culminó en la segunda guerra mundial, se llegó a la conclusión de que el antiguo concepto de lograr la seguridad nacional mediante una carrera competitiva de armamentos sólo creaba una mayor inseguridad general. Por lo tanto, se reemplazó dicho concepto por el de un sistema colectivo de paz y seguridad internacionales, con la participación, en particular, de las naciones más poderosas, que desempeñarían un papel fundamental en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. En el cumplimiento de sus obligaciones, el Consejo de Seguridad utilizaría, en caso necesario y con el apoyo de sus miembros, toda la gama de medidas previstas en los Capítulos VI y VII de la Carta. Se pensaba que con el establecimiento y el respeto de un sistema de esa índole, el desarme y la limitación de armamentos sobrevendrían naturalmente.

Ese noble y lógico concepto no se ha hecho realidad por muchos motivos prácticos y políticos, en particular por la falta de unanimidad entre los miembros permanentes, que debería haber sido su principal fuerza impulsora. ¿Cómo han reaccionado las Naciones Unidas frente a los problemas que

plantea la ausencia de la condición clave para el funcionamiento de su sistema de paz y seguridad internacionales?

Evidentemente, por lo que respecta a la paz internacional, la máxima prioridad consiste en evitar una conflagración mundial. Desde luego, esta es una preocupación primordial de las propias Potencias nucleares, pero subsisten grandes riesgos que afectan a todos por igual, entre ellos los de accidentes, errores de interpretación o una concatenación inesperada de acontecimientos en que se vean envueltas las Potencias nucleares en forma tal que no puedan sustraerse a ellos. Esta última situación podría plantearse especialmente como resultado de la intensificación de un conflicto regional.

Si este breve análisis es válido, para conjurar una guerra nuclear se requieren medidas que pongan freno a la vertiginosa sucesión de acontecimientos en forma tal que los gobiernos no se vean obligados a adoptar decisiones irrevocables y puedan ganar tiempo sustituyendo la fuerza por las deliberaciones. Esas medidas deberían comprender también fórmulas mediante las cuales los gobiernos, sin menoscabo de su prestigio, pudieran modificar las políticas que inevitablemente hubieran de culminar en un enfrentamiento. Asimismo, deberían incluir mecanismos de estabilización y procesos de negociación que, por lo menos, permitieran limitar los conflictos cruciales e impedir su intensificación cuando no fuera posible resolverlos. En el caso de los conflictos regionales, en particular en las regiones en equilibrio precario, con frecuencia son aconsejables las distintas formas existentes de control de conflictos. Y, en particular, como parte importante del mantenimiento de la paz se requiere un foro central en que las opiniones opuestas puedan expresarse libremente y pueda obtenerse la asistencia de terceros.

Una y otra vez el Consejo de Seguridad ha moderado el curso vertiginoso de los acontecimientos, ha ganado el tiempo necesario para introducir cambios de dirección de vital importancia, ha elaborado mecanismos que han permitido resolver distintas situaciones sin menoscabo de prestigio y ha reemplazado las acciones de violencia por las deliberaciones. Ha trabajado con ahínco para obtener, en numerosas oportunidades, la cesación del fuego y las treguas necesarias para allanar el camino a las negociaciones. Ha establecido importantes directrices para solucionar los problemas complejos y, con la cooperación del Secretario General, ha proporcionado toda clase de mecanismos de conciliación, mediación, buenos oficios, determinación de los hechos, observación de treguas y diplomacia discreta. A menudo, ha conseguido sustraer los conflictos regionales de las áreas de enfrentamiento entre las Potencias nucleares. Se ha constituido en depositario de los peligrosísimos problemas aun cuando no estaba en condiciones de resolverlos. Ha proporcionado frecuentemente el marco para importantes combinaciones de esfuerzos bilaterales y multilaterales. Ha servido de tabla de salvación y de último recurso a los gobiernos para evitar la vorágine de una guerra ilimitada. Por último, a falta de las condiciones políticas en que podría aplicarse el Capítulo VII, ha sido el primero en aplicar un sistema de control de conflictos, conocido ahora como de mantenimiento de la paz, que ya ha demostrado considerable capacidad y eficacia en trece operaciones.

Los sucesivos Secretarios Generales han participado activamente en todos estos esfuerzos y la función del Secretario General en los asuntos relacionados con la paz y la seguridad ha evolucionado en consecuencia. Más adelante me ocuparé de este tema al referirme al futuro.

En un clima internacional cambiante y con frecuencia desfavorable, considero que el historial del Consejo en el desempeño de su tarea primordial resiste mejor el análisis

y es mucho más central e importante de lo que a veces se reconoce. Desde luego, en modo alguno está a la altura de las expectativas del mundo dolido, pero lleno de esperanzas, de hace cuarenta años, y tampoco se ha caracterizado por un uso pleno y eficaz de toda la gama de medidas sugeridas en la Carta. Pero en las condiciones políticas desfavorables en que el Consejo de Seguridad ha debido funcionar en la mayoría de los casos, representa un importante esfuerzo por hallar nuevas opciones para mantener la paz.

No puede negarse que en las circunstancias actuales el sistema de paz y seguridad de las Naciones Unidas adolece de muchas fallas y limitaciones: falta de unanimidad y espíritu de cuerpo en el Consejo de Seguridad; escaso respeto por las decisiones del Consejo y poca cooperación en su aplicación; a menudo, renuencia a evitar, o aun a prevenir, situaciones peligrosas y a utilizar las facultades del Consejo en las etapas en que los problemas se podrían abordar con más facilidad. El sistema también se ve afectado por la incapacidad del Consejo aun para abordar algunos problemas. Pero sostengo que, vista la realidad de la vida internacional de estos cuarenta años, y en contraposición con las distintas versiones retóricas de los mismos acontecimientos, el Consejo de Seguridad ha desempeñado una función indispensable y a menudo definitiva, al proporcionar estabilidad y limitar los conflictos.

Por consiguiente, hay que encontrar medios de promover esa función y lograr que el Consejo se acerque más a la posición que le asigna la Carta. Evidentemente, sería muy deseable que las relaciones entre los miembros permanentes se modificasen de manera que, por sobre todas las cosas, el Consejo volviese a ocupar la posición que inicialmente se había previsto que ocupara. Pero, mientras tanto, hay distintas formas en que el Consejo puede incrementar su capacidad sobre la base de su actuación de muchos años.

En memorias anuales anteriores y, en particular, en la de 1982, he hecho diversas sugerencias sobre el tema. No las repetiré aquí, aunque espero que los gobiernos consideren oportuno tomar medidas respecto de algunas de ellas. Sin embargo, al cumplirse el cuadragésimo aniversario de la Organización, me limitaré a formular un conjunto más sencillo de sugerencias.

En primer término, quisiera sugerir a los miembros del Consejo de Seguridad y, en particular, a los miembros permanentes que, en su calidad de tales, hicieran un esfuerzo decidido y consciente a fin de que el Consejo actuara más como guardián de la paz—su función original—y menos como campo de batalla para dirimir diferencias políticas e ideológicas que carecen de relación directa con la materia en cuestión. En otras palabras, que, por encima de las diferencias bilaterales, asignaran prioridad a las cuestiones relacionadas con la paz y la seguridad internacionales.

En segundo término, sugiero que, en el futuro próximo, el Consejo de Seguridad haga un esfuerzo reflexionado y concertado por resolver uno o dos de los problemas más importantes que tiene ante sí aplicando plenamente las medidas de que dispone de conformidad con la Carta.

En tercer término, todos los Estados Miembros podrían reafirmar las obligaciones que han contraído en virtud de la Carta, en particular las relativas a abstenerse de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza, a optar por el arreglo pacífico de las controversias, a utilizar el mecanismo previsto en la Carta para el arreglo de controversias y a respetar las decisiones del Consejo de Seguridad.

En las circunstancias actuales es posible que estas sugerencias parezcan simplistas a algunos, pero en nuestra era nuclear no hay nada más peligroso que no lograr que

el sistema colectivo de paz y seguridad internacionales realmente funcione. Las Naciones Unidas no son en modo alguno un superestado, sino una organización de Estados soberanos e independientes. La Organización no tiene soberanía propia. La soberanía sigue siendo patrimonio exclusivo de los distintos Estados Miembros, a menos que éstos decidan lo contrario. Así, pues, la función de la Organización y, por ende, del Secretario General, es armonizar, alentar y tomar la iniciativa. No obstante, la decisión y el impulso apropiados deben provenir de los Estados Miembros. Cuando efectivamente se haga presente ese impulso, podrán obtenerse resultados notables. Quisiera que ese impulso y esa voluntad colectiva se orientasen hacia la función primordial de las Naciones Unidas: el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. El año 1986 ha sido designado Año Internacional de la Paz. Tratemos que ello constituya un llamado a la reflexión y a la acción.

* * *

Sin una decidida voluntad colectiva y el reconocimiento de un mínimo interés común en la supervivencia, no podrá haber avances significativos en la esfera del desarme. La inseguridad internacional y la carrera de armamentos, más el temor de su posible extensión a nuevas áreas, crean una espiral siniestra y sin fin. En lo tocante a la carrera de armamentos, nunca estará de más insistir en que es ilusorio tratar de alcanzar ventaja alguna. En la era nuclear esta carrera es un peligro para todos los seres humanos y pone en duda la supervivencia de las generaciones venideras.

Los gobiernos deben tener el valor de tomar las primeras medidas a este respecto. Debemos recordar la visión que condujo, hace unos veinte años, a adelantos como el Tratado de Prohibición Parcial de Ensayos. Una indicación clara y vital que podría hacerse hoy de la voluntad de la humanidad de hacer frente al problema nuclear sería la concertación de un tratado de prohibición completa de ensayos. Su aprobación, con la que se interrumpiría el incesante perfeccionamiento tecnológico de las armas nucleares, nos ayudaría a escapar de un escalamiento que amenaza nuestra existencia misma. Hay, por cierto, otras áreas que merecen urgente atención, como por ejemplo, las zonas desnuclearizadas.

Al mismo tiempo que cunde el temor a las armas nucleares debido a sus efectos potencialmente devastadores a escala mundial, día tras día cobran más víctimas las armas convencionales. A este respecto, corresponde una especial responsabilidad a los que se dedican al comercio de armas y a los que alientan esta actividad. Además, la carrera de armamentos convencionales desperdicia preciadísimos recursos económicos. Debemos propugnar la adopción de medidas prácticas de desarme multilateral, incluidos planes regionales, teniendo presente la relación que existe entre el desarme y el desarrollo.

Es evidente que las negociaciones bilaterales entre las grandes Potencias son de importancia crucial para su propio futuro y para el futuro de todos los pueblos. A este respecto, estoy seguro de que todos compartimos la profunda esperanza de que la reunión que están por celebrar los dirigentes de los Estados Unidos y de la Unión Soviética contribuya a reducir la tirantez y a lograr progresos en materia de desarme, así como en otras importantes esferas.

Al mismo tiempo, debo insistir en que las Naciones Unidas pueden y deben contribuir a lograr avances en materia de desarme. La Conferencia de Desarme proporciona un foro multilateral único para discutir de la limitación de armamentos y del desarme. Por cierto, la Organización tiene la responsabilidad de contener peligrosas tendencias en este campo,

como son, por ejemplo, las relacionadas con las armas químicas.

Creo que también se debe examinar a conciencia la capacidad de la Organización de prestar asistencia en los arreglos de verificación y cumplimiento de acuerdos. El Organismo Internacional de Energía Atómica tiene una experiencia única en su género en cuanto a vigilar el cumplimiento de las medidas de no proliferación y a velar por la utilización de la energía nuclear con fines pacíficos. Esta capacidad técnica se podría ampliar y perfeccionar a fin de que se pudiera aprovechar en la esfera de los acuerdos nucleares. También se ha hecho una sugerión, que debe ser considerada, en el sentido de que las Naciones Unidas verifiquen el cumplimiento de acuerdos mediante estaciones sísmicas, inspecciones *in situ* y observaciones por satélite.

* * *

Muchos de los anhelos más sentidos de la humanidad se cifran en el progreso económico y social, que debe continuar siendo un objetivo primordial del sistema de las Naciones Unidas. En los cuarenta últimos años se ha avanzado considerablemente en este sentido, pero muchos motivos de preocupación e incertidumbre subsisten aún debido a los riesgos de estancamiento o incluso de retroceso que han surgido en algunas partes del mundo.

No se puede negar que desde hace algún tiempo la economía mundial ha venido comportándose de manera errática e insatisfactoria. En los países industrializados la ola de la tecnología moderna promete grandes riquezas pero, al mismo tiempo, se traduce en un exceso de capacidad instalada, así como en obsolescencia y desempleo. Por su parte, muchos países en desarrollo, además de tropezar con los problemas básicos del desarrollo, se encuentran agobiados por la carga de la deuda, que se ha hecho aún más onerosa debido al aumento de los tipos de interés del mercado internacional. No obstante, todas estas dificultades, que se acostumbra calificar con el eufemismo de problemas de reajuste, parecen formar parte de un gran proceso de reajuste global cuya conclusión se ve dificultada considerablemente por la tendencia de muchos países de recurrir al proteccionismo o de adoptar políticas cambiarias unilaterales para resolver sus problemas a expensas de otros.

Este tipo de nacionalismo económico miope fue precisamente el que causó el colapso de la economía mundial en el decenio de 1930. Y por ese motivo, al fundarse las Naciones Unidas, se hizo un gran esfuerzo paralelo por establecer un sistema de organizaciones especializadas en las esferas monetaria, financiera y comercial.

En las deliberaciones de las Naciones Unidas sobre los asuntos económicos mundiales rara vez participan los que, en última instancia, están encargados de esas cuestiones en los ministerios de los distintos gobiernos; de hecho, los ministerios de hacienda y los bancos centrales están representados en otros foros internacionales, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, cuya función exclusiva es la de estudiar cuestiones económicas, financieras y monetarias.

Sin embargo, en los últimos años se ha hecho cada vez más patente que las cuestiones económicas, financieras, monetarias y comerciales están tan relacionadas entre sí y tienen una importancia política y social tan significativa que sólo se pueden abordar eficazmente en el marco de un proceso político más amplio. En lo que se refiere al desarrollo internacional, esto quedó reconocido al crearse la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, así como en el llamado por un nuevo orden económico interna-

cional, pero en la actualidad esta situación tiene validez para una gama de cuestiones aún mayor. Esta situación debe quedar reflejada en el enfoque que adopten las Naciones Unidas y en la índole de la representación de los gobiernos en ella a fin de que los esfuerzos por resolver problemas que afectan prácticamente a toda la humanidad respondan a la realidad y estén bien concebidos.

La necesidad de cooperación internacional en la esfera económica desborda cada vez más las fronteras sectoriales tradicionales que, en el plano nacional, están representadas por los distintos ministerios y, en el internacional, por los diferentes organismos especializados. En muchos casos, lo que se necesita es un aprovechamiento más eficaz y pragmático de las Naciones Unidas como foro de integración de esfuerzos prácticos. Naturalmente, lo lógico sería que esta función se asignara en primera instancia al Consejo Económico y Social. Con esto no se menoscabaría en modo alguno la importancia de la labor de los organismos especializados sino que, por el contrario, se acrecentarían su eficacia e importancia. En el plano nacional se necesita un esfuerzo paralelo de coordinación. Para que el sistema internacional tenga eficacia, es preciso que los ministerios de cada gobierno actúen concertadamente en la consecución de objetivos convenidos.

Indudablemente, el Consejo Económico y Social tendría una útil función que cumplir en el estudio de las nuevas necesidades y de las nuevas oportunidades de adoptar medidas internacionales conjuntas. Los miembros del Consejo están procurando aumentar su eficacia y la Secretaría está esforzándose por aumentar la calidad de su apoyo. Aunque ya se ha avanzado en la empresa, queda aún mucho por hacer a fin de que ese órgano pueda cumplir la importante tarea que se le encomienda en la Carta e indique con claridad la dirección y el espíritu en que todos debemos obrar aunadamente.

En el sector económico enfrentamos cambios de una magnitud y complejidad tales que ningún país puede adaptarse a ellos por sí solo. Ello se pone de manifiesto, por ejemplo, en los intentos de proteger las fuentes de empleo nacionales de la competencia de los productos importados, con lo que se termina por exportar el desempleo. Es evidente la necesidad de una visión más amplia y de una comprensión más dinámica de la naturaleza mundial de los problemas que surgen ante nosotros. Esa visión debe nacer de un reconocimiento sincero de la interdependencia y de la necesidad práctica de compartir las cargas por igual y de transigir con los demás. Serían inmensas las recompensas finales de un sistema de esa índole, como por ejemplo, un aprovechamiento más cabal de los recursos, o un menor desempleo y una mayor eficiencia económica y justicia social. Lamentablemente, también son inmensas las dificultades para lograr una aceptación generalizada de tal sistema.

La situación de la deuda internacional es sobremanera alarmante. Muchos de los países deudores se encuentran nuevamente ante mercados de exportación muy reducidos. Los precios de los productos básicos, en cifras reales, son los más bajos registrados desde 1930 y siguen cayendo. Mientras tanto, los tipos de interés siguen siendo altos y la tendencia no parece ser la de conceder nuevos préstamos, sino todo lo contrario. Para adaptarse a esta suspensión del crédito bancario, muchos países deudores han reducido sus importaciones, sus niveles de vida y sus programas de desarrollo al extremo de que las consecuencias sociales y aun políticas han sido de extrema gravedad. La pérdida de mercados, por otra parte, no puede sino menoscabar el frágil proceso de recuperación de los países industrializados.

Hay un gran interés mutuo en resolver la crisis de la deuda, pero el problema pone de relieve actitudes incongruentes que

dan por tierra con los intentos de seguir un rumbo adecuado. Mientras se hacen esfuerzos para reprogramar por períodos más prolongados el servicio de la deuda a fin de aliviar la carga que representa, en otros lugares se están tomando medidas proteccionistas que anulan esos esfuerzos. Creo que se impone la necesidad de examinar a la mayor brevedad, de manera colectiva e integral, todos los aspectos de esta situación, incluidos los aspectos políticos.

El logro de una mejor comprensión de estas cuestiones y de los problemas económicos y sociales del mundo es una tarea fundamental de las Naciones Unidas y otros organismos internacionales. Ya ha habido varias experiencias alentadoras en este terreno. La serie de conferencias sobre problemas mundiales patrocinadas por las Naciones Unidas en los quince últimos años ha marcado nuevos rumbos para acrecentar la comprensión de esos problemas, para lograr que se adquiera una mayor conciencia de ellos y para que se adopte un enfoque concertado para solucionarlos. Los esfuerzos que se están haciendo a nivel internacional para hacer frente a los problemas de África también demuestran una voluntad de aplicar los conocimientos y recursos de la comunidad internacional a la solución de toda una serie de problemas concretos.

Tanto en la esfera económica como en la política, debemos lograr que nuestras instituciones sean eficaces y respondan a la realidad de nuestra época. Debemos aprender a dirigir nuestra creciente interdependencia económica. Es esta una responsabilidad inmensa que es preciso asumir so pena de sufrir una decadencia y un caos económico y social que, a su manera y en las circunstancias de nuestra época, pueden ser tan graves y perjudiciales como abstenerse de crear un sistema colectivo de paz y seguridad internacionales en una era nuclear.

* * *

En el mundo de hoy la cooperación internacional se considera indispensable, incluso en relación con cuestiones que no hace mucho se consideraban utópicas. En la esfera del desarrollo económico y social, los logros de los organismos y programas de las Naciones Unidas son universalmente reconocidos. La necesidad ha hecho del sistema de las Naciones Unidas una fuente mundial de asesoramiento y asistencia, de cooperación y coordinación, en todas las esferas en que los gobiernos tienen que actuar de consuno, independientemente de sus diferencias filosóficas.

Resulta irónico que justamente cuando entramos en una etapa de la historia en que la necesidad práctica de un cooperativismo internacional se ha hecho tan evidente, se produzca, por lo menos en algunos países, un movimiento de retroceso. Son muchas las dudas que se han expresado acerca de las organizaciones internacionales que procuran poner más orden en la organización política y económica del mundo; las Naciones Unidas, en particular, han sido blanco de duras críticas. Debemos examinar este fenómeno y tratar de comprenderlo. Sin duda el cuadragésimo aniversario es el momento oportuno para analizar colectivamente este problema y el papel que corresponde a los Estados Miembros en su solución.

Es indudable que las dificultades de lograr que la labor de las Naciones Unidas satisfaga a algunos gobiernos influye considerablemente en la actitud de éstos para con la Organización. A este respecto, han tenido especial efecto la complicidad a que ha dado lugar el aumento del número de Estados Miembros, las nuevas pautas que se observan en la estructura de las votaciones, así como los casos en que se han acentuado las diferencias y los conflictos en detrimento de las amplias esferas en que hay acuerdo y se manifiestan intereses

comunes. En tales circunstancias se ha tendido a utilizar a las Naciones Unidas como chivo expiatorio de los problemas y las confusiones contemporáneos y a verlas como símbolo de una falta de autoridad y responsabilidad internacional, en lugar de considerarlas un instrumento de cooperación para abordar los problemas de una incipiente sociedad mundial.

Es inevitable que el grueso de las críticas de la Organización recaiga en la Asamblea General, principal órgano representativo de las Naciones Unidas. Sólo en la Asamblea General se puede ver al mundo en toda su variedad y diversidad y en esta tribuna las diferencias y los conflictos se ponen de manifiesto con singular dramatismo. En última instancia, la Asamblea General es lo más cercano a un cabildo representativo de todo el mundo. Lo que es mucho menos conocido es la ardua labor que se lleva a cabo en el marco de la Asamblea para codificar el derecho internacional, establecer normas de conducta y concentrar y mantener la atención en cuestiones de vital importancia.

A lo largo de los años ha habido muchos intentos por reformar la Asamblea General y simplificar y racionalizar sus procedimientos. La verdad es que la Asamblea refleja el carácter universal de su composición y tiene un programa muy amplio y sumamente variado. Por lo tanto, es difícil simplificar sus procedimientos sin perder de vista su objetivo principal, si bien hay maneras de mejorar cada vez más su funcionamiento.

A mi juicio, las medidas indispensables para mejorar el funcionamiento a nivel político de la Asamblea General deberían comprender un grado mayor de consultas intergubernamentales antes de cada período de sesiones, así como esfuerzos decididos para llegar a consensos sobre las cuestiones importantes y no caer en una retórica que redunde en divisiones. De lo contrario se resentirá la calidad del proceso político de la Asamblea General.

* * *

Los deberes y responsabilidades inherentes a la función del Secretario General, o las que se le delegan, constituyen un formidable desafío. En los cuarenta primeros años de la Organización, las funciones del Secretario General y de la Secretaría han evolucionado considerablemente. Se basan ambas en el concepto de una administración pública internacional independiente y objetiva.

Deseo hacer únicamente una observación sobre la evolución del cargo de Secretario General y su relación con el desarrollo global de las instituciones internacionales. Aunque valoro en alto grado la cooperación y la comprensión que se extienden al Secretario General, así como la confianza que se deposita en él, me preocupa a veces la posibilidad de que en algunos casos la delegación de funciones en el Secretario General redunde en una disminución de los esfuerzos que, según la Carta, corresponden a los Estados Miembros, ya que ello no propendería a que las Naciones Unidas se desarrollaran eficazmente como institución política.

Sin embargo, creo que la Organización, en su conjunto, se beneficiaría si se perfeccionara la capacidad del Secretario General de actuar como tercera parte imparcial. Por supuesto, son muchas las virtudes de la diplomacia discreta, pero a veces es preciso trasponer esos límites. Me refiero, en particular, a la posibilidad de recurrir con más anticipación y en mayor medida a las actividades de observación y de determinación de hechos. También viene al caso mencionar la necesidad de que se analice a intervalos más regulares y de manera sistemática la situación en que se encuentran la paz y la seguridad internacionales en todo el mundo, labor ésta en que deberían participar conjuntamente el Consejo de

Seguridad y el Secretario General. Ni el mejor radar del mundo podrá ser fidedigno ni eficaz si su haz no explora constantemente el espacio que lo rodea. Lo mismo se aplica, a mi juicio, a la tarea de mantener la paz internacional.

Los elementos básicos de la administración pública internacional, es decir, la independencia de las presiones nacionales, la eficiencia, la competencia y la integridad, deben seguir siendo los principios rectores de la Secretaría. Su validez ha quedado demostrada a lo largo de los años, especialmente en situaciones críticas y controversias. La Secretaría debe esforzarse en todo momento por ser el instrumento seguro que se requiere para satisfacer las necesidades, siempre en evolución, de la Organización.

Me preocupa, sin embargo, la cuestión de las políticas y los métodos más eficaces para alcanzar los niveles de eficiencia e integridad necesarios para la administración pública internacional. No es tarea fácil constituir esa administración pública con funcionarios procedentes de más de cien Estados Miembros. Ciertamente no estoy convencido de que en todos los casos hayamos encontrado las soluciones correctas, las normas apropiadas ni la organización más eficaz para la Secretaría. Soy partidario de que sigamos procurando mejorar los procedimientos administrativos, presupuestarios y de personal de las Naciones Unidas. No obstante, creo que los mejores resultados se pueden y se deben obtener dentro del marco de la autoridad que confiere al Secretario General el Capítulo XV de la Carta. Ello es indispensable para llevar adelante una gestión adecuada y para velar por los intereses de la Organización en su conjunto.

En reiteradas ocasiones he insistido en la necesidad de que la Secretaría investigue todos los medios posibles de utilizar los recursos de la Organización de la manera más eficiente posible y de dar una función equitativa a la mujer en la Secretaría. He iniciado una serie de medidas de mejoramiento de la gestión, proceso que se seguirá llevando adelante permanentemente. Reviste particular importancia que, en una época de cambios, evaluemos y reevaluemos constantemente los distintos programas y estructuras, e implantemos las mejoras que hagan falta.

En la preparación de mis propuestas para los presupuestos por programas correspondientes a este bienio y al próximo, he procurado dar seguridades a todos los Estados Miembros de mi compromiso de lograr que los programas encomendados a la Secretaría se ejecuten de la manera más eficiente posible en materia de costos. No obstante, no puedo menos de expresar honda preocupación ante la práctica de ciertos Estados Miembros de retener selectivamente las cuotas que se les han asignado. Ello sólo puede ir en desmedro de la viabilidad futura de nuestra Organización.

* * *

Si se considera el futuro de la Organización, salta a la vista que las Naciones Unidas se distinguen de casi todas las demás instituciones políticas en que tienen muy poco contacto directo con sus bases, con "los pueblos de las Naciones Unidas" que se dirigen a nosotros en las primeras palabras de la Carta. Este es un asunto delicado, ya que la soberanía nacional independiente de los Estados Miembros es un requisito primordial establecido en la Carta.

No obstante, las Naciones Unidas se vienen ocupando cada vez más de asuntos que, si bien son de importancia internacional, tienen también repercusiones considerables en el plano nacional. Sólo el apoyo de las bases nacionales de cada Estado Miembro garantizará que se adopten las medidas de aplicación necesarias que han de redundar en una acción eficaz respecto de esos asuntos. En este caso, un gran aporte al logro

de soluciones podría ser una mayor colaboración, en el sentido más amplio del término, con las organizaciones no gubernamentales. Ya hemos visto el extraordinario valor e influencia de esas organizaciones en una serie de conferencias mundiales, así como en los esfuerzos notables realizados en todo el mundo por organismos voluntarios, artistas y otras personas en apoyo de actividades de socorro en África y otras regiones.

Hace falta también que promovamos el concepto de un servicio internacional práctico en forma más global y sistemática que hasta ahora. Más esfuerzos deben realizarse, en particular, para lograr que los jóvenes participen cada vez en mayor grado en las cuestiones que interesan a la comunidad mundial.

* * *

En una serie de otros informes a la Asamblea General y al Consejo de Seguridad me he referido en detalle a las principales cuestiones de que se ocupan las Naciones Unidas y en relación con muchas de las cuales el Secretario General tiene responsabilidades especiales. Por consiguiente, en esta ocasión no pecaré de reiterativo y no me ocuparé de las situaciones abarcadas en dichos informes.

No obstante, quisiera mencionar otras grandes cuestiones de nuestra época que tienen gran importancia para el futuro. Tal vez la más amplia y compleja de esas cuestiones sea la de los derechos humanos, que nos afecta a todos.

La Declaración Universal de Derechos Humanos, aprobada hace casi treinta y siete años, debe considerarse uno de los grandes logros de las Naciones Unidas. La Declaración y los pactos y convenciones derivados de ésta proporcionaron al mundo, por primera vez, un código internacional de derechos humanos que establece, con carácter de normas de derecho internacional, la forma en que el Estado debe tratar a la persona. Las Naciones Unidas han establecido también mecanismos especiales para vigilar la aplicación de esos acuerdos y, en forma creciente, prestan servicios de asesoramiento y asistencia técnica a los gobiernos en la esfera de los derechos humanos.

Sin embargo, debemos reconocer que pese a esos avances sigue siendo necesario vigilar de cerca la forma en que los Estados respetan los derechos y libertades de la persona. Siguen produciéndose transgresiones en gran escala de los derechos humanos, con frecuencia de proporciones trágicas. Muchos Estados no han ratificado aún las convenciones internacionales pertinentes ni han ajustado su legislación ni sus instituciones a las normas internacionales proclamadas por las Naciones Unidas. Sigue habiendo persecuciones por motivos políticos, religiosos o raciales. Las minorías y las poblaciones autóctonas con frecuencia carecen de protección adecuada. También hay casos en que la cooperación de los gobiernos con las Naciones Unidas y sus órganos deja mucho que desear.

En el año del cuadragésimo aniversario, dediquémonos nuevamente, individual y colectivamente, a la tarea de lograr la aplicación plena y sin obstáculos de la Declaración Universal y de los Pactos Internacionales. Con ese fin, insto a todos los Estados que aún no han ratificado los Pactos a que lo hagan. Hago un llamamiento a todos los Estados para que apoyen y consoliden los procedimientos establecidos con el objeto de examinar las violaciones de los derechos humanos y garantizar su protección y para que participen en esos procedimientos.

Un aspecto particularmente importante de los derechos humanos es el de la discriminación racial, que no debiera

tolerarse en nuestra sociedad en ninguna forma y que constituye el más peligroso veneno social y político. En un caso particular y extremo, el de la política de *apartheid* de Sudáfrica, la renuencia a tomar medidas oportunas de rectificación ha producido una situación amenazadora y violenta, sobre la cual el Consejo de Seguridad se ha pronunciado recientemente. Huelga que reiterar mis acendradas convicciones sobre el odioso sistema del *apartheid* y sobre la tragedia humana de enormes proporciones que ha acarreado. Espero que, incluso a esta hora tan tardía, se puedan tomar medidas y establecer contactos para evitar lo peor. Considero mi deber añadir a este respecto que el que no se consiga la independencia de Namibia por conducto del Plan de las Naciones Unidas, sumado al *apartheid*, es la causa fundamental de la tensión y los sufrimientos en el África meridional.

Un mal social enorme y ya generalizado es el del creciente problema del uso de estupefacientes, que arruina las vidas de millones de personas e incluso amenaza a la integridad y estabilidad de los gobiernos. En grandes zonas del mundo, la plaga del uso indebido y el tráfico ilícito de drogas, fomentada por las enormes ganancias que genera, ha adquirido las dimensiones de una situación de emergencia. A medida que aumenta la magnitud de este problema, a pesar de los esfuerzos cada vez mayores de los gobiernos por resolverlo, debe prestarse aún más atención a mejorar la coordinación de esos esfuerzos de manera que se pueda elaborar toda una gama de estrategias eficaces para hacer frente a los nuevos problemas que se presentan. Es evidente que el problema de la droga no puede seguir considerándose una cuestión meramente social y de índole primordialmente interna.

Teniendo presente lo indicado, he propuesto que se celebre una primera conferencia mundial para considerar todos los aspectos del uso indebido y del tráfico ilícito de drogas. Confío en que esa conferencia se oriente a la adopción de medidas concretas y espero que contribuya a que en el mundo entero se adquiera más conciencia de los problemas cada vez mayores que plantea el uso indebido de drogas, a que se movilicen todos los recursos del sistema de las Naciones Unidas y a que se elabore un programa de acción en los planos internacional, regional y nacional. Ha llegado el momento de que la comunidad internacional intensifique sus esfuerzos en el marco de una empresa mundial para hacer frente a ese gravísimo peligro.

Los actos de terrorismo se han extendido prácticamente a todos los rincones de la Tierra. Hacerles frente es excepcionalmente difícil, ya que son actos de desesperación de seres desesperados dispuestos a transgredir las leyes nacionales e internacionales a riesgo de sus propias vidas. El aspecto más trágico del problema es el número cada vez mayor de muertes de civiles inocentes que origina, y que he condenado repetidamente. Como se ha señalado antes, ya se cuenta con algunos de los instrumentos jurídicos internacionales necesarios en esta esfera y es hora de que los gobiernos hagan esfuerzos concertados para aplicarlos. En este contexto, tal vez los gobiernos deseen estudiar qué otras medidas efectivas de cooperación internacional podrían idearse.

Creo que al organizar una respuesta internacional concertada a los grandes problemas básicos que nos afectan a todos también podríamos empezar a establecer una solidaridad social y política y una confianza mutua que a la larga serían muy beneficiosas en la esfera más tradicional de los problemas políticos. Ya ha habido varios ejemplos alentadores de ese tipo de reacción, a los que desearía referirme muy brevemente:

Las actividades internacionales para socorrer a los refugiados y ayudar a su retorno voluntario o a su reasen-

tamiento son una de las manifestaciones más prácticas de la solidaridad internacional;

Las medidas adoptadas para lograr una seguridad alimentaria más adecuada para todos los países nos han dado un gran impulso en la lucha por liberar al mundo del hambre;

La gran empresa de inmunizar a todos los niños del mundo antes de 1990 hoy parece realizable, siempre que haya voluntad para hacer el esfuerzo final. Insto a todos los líderes del mundo a que apoyen plenamente esta vital empresa universal que puede salvar la vida a un número enorme de integrantes de la nueva generación.

En estas esferas, así como en otras, el campo de lo posible se ha ido haciendo cada vez más vasto a medida que la cooperación internacional ha ido tomando el lugar que le corresponde como elemento permanente en el buen gobierno del mundo.

En otro ejemplo importante, la Conferencia Mundial del Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer, celebrada en Nairobi para examinar los logros del Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer, terminó su labor con un éxito mayor que el que algunos habían previsto y, lo que es para mí motivo de satisfacción, aprobó por consenso un importante conjunto de propuestas para el futuro. Evidentemente, en último término primó la enorme importancia del tema. Por ahora es difícil sopesar todo el significado y las repercusiones de esa reunión, que se caracterizó por su dinamismo y su amplia representatividad. Una cosa es cierta: la plena participación de la mujer, en pie de igualdad, en todos los aspectos del quehacer humano, participación negada y desestimada a lo largo de la historia, ha asumido una importancia y una vitalidad que pueden dar un impulso irrefrenable a las diversas actividades prácticas con que se habrá de complementar la Conferencia de Nairobi. Espero que gracias a ello también se pueda añadir una dimensión nueva y positiva al pensamiento y a la acción políticas en todo el mundo.

* * *

He mencionado anteriormente la respuesta internacional a los desastres que afectan a la humanidad. Si bien el continente africano atrae hoy nuestra urgente atención, la comunidad internacional tardó en reaccionar ante las primeras señales de alarma que apuntaban a las crisis que afectaban a varias naciones africanas debido a la sequía. Para muchos millares de personas, la respuesta tardó demasiado.

Sin embargo, para la gran mayoría de los treinta millones de africanos que han sido víctimas de la sequía más generalizada y devastadora de que se tenga memoria, la unión solidaria entre los gobiernos de los países africanos afectados

y la comunidad internacional ha sido un don de vida y esperanza. Esa ha logrado evitar un desastre de proporciones sin precedentes y casi con toda certeza ha salvado varios millones de vidas. Las Naciones Unidas han desempeñado y seguirán desempeñando, de diversas maneras, una función fundamental y, de hecho, indispensable, en este gran ejemplo de cooperación humanitaria internacional.


Para millones de africanos el futuro sigue siendo difícil e incierto, pero podría encerrar más esperanza si la unión solidaria que se forjó en respuesta a las necesidades de emergencia de África se mantuviera durante el período crítico de recuperación que tenemos por delante. Debemos estar preparados para planificar y ejecutar programas a largo plazo de asistencia para el desarrollo a fin de que no vuelvan a producirse semejantes tragedias y podamos poner remedio a sus causas fundamentales.

* * *

En esta travesía que dura ya cuarenta años hemos tenido muchas experiencias, algunas alentadoras, otras decepcionantes, muchas profundamente enriquecedoras. Hemos emprendido un gran número de actividades y también hemos embarcado algo de lastre. Al mirar hacia el porvenir decidamos qué actividades son realmente útiles y cuál es el lastre que podríamos eliminar.

Recordemos que hemos creado los medios para destruirnos y que se va a necesitar mucha voluntad e inteligencia para establecer un sistema que pueda mantener eficazmente la paz y funcionar en beneficio de todos los pueblos de esta Tierra. Veamos en el futuro una oportunidad, no una posibilidad de desastre. Recordemos todo lo que tenemos en común como seres humanos, todas las maravillas que ha creado la mente humana y toda la espléndida diversidad de nuestro mundo.

Pero por sobre todo, en esta ocasión, veamos a las Naciones Unidas como las vieron sus fundadores: como una esperanza práctica para el futuro y no simplemente como el infortunado heredero de las cargas del pasado. Debemos reconocer con realismo nuestras dificultades y los peligros que se nos presentan, pero debemos empeñarnos también en la búsqueda de medios que nos permitan, unidos, superarlos.



Javier PÉREZ DE CUÉLLAR
Secretario General

كيفية الحصول على منشورات الأمم المتحدة

يمكن الحصول على منشورات الأمم المتحدة من المكتبات ودور التوزيع في جميع أنحاء العالم - استلم منها من المكتبة التي تتعامل معها أو اكتب إلى : الأمم المتحدة ، قسم البيع في نيويورك أو في جنيف .

如何购取联合国出版物

联合国出版物在全世界各地的书店和经售处均有发售。请向书店询问或写信到纽约或日内瓦的联合国销售组。

HOW TO OBTAIN UNITED NATIONS PUBLICATIONS

United Nations publications may be obtained from bookstores and distributors throughout the world. Consult your bookstore or write to: United Nations, Sales Section, New York or Geneva.

COMMENT SE PROCURER LES PUBLICATIONS DES NATIONS UNIES

Les publications des Nations Unies sont en vente dans les librairies et les agences dépositaires du monde entier. Informez-vous auprès de votre libraire ou adressez-vous à : Nations Unies, Section des ventes, New York ou Genève.

КАК ПОЛУЧИТЬ ИЗДАНИЯ ОРГАНИЗАЦИИ ОБЪЕДИНЕННЫХ НАЦИЙ

Издания Организации Объединенных Наций можно купить в книжных магазинах и агентствах во всех районах мира. Наводите справки об изданиях в вашем книжном магазине или пишите по адресу: Организация Объединенных Наций, Секция по продаже изданий, Нью-Йорк или Женева.

COMO CONSEGUIR PUBLICACIONES DE LAS NACIONES UNIDAS

Las publicaciones de las Naciones Unidas están en venta en librerías y casas distribuidoras en todas partes del mundo. Consulte a su librero o diríjase a: Naciones Unidas, Sección de Ventas, Nueva York o Ginebra.
